

HOGAR, OSCURO HOGAR

Las farolas a ambos lados del camino se iluminaban perezosamente mientras paseaba. Ellas, como yo, no tenían prisa alguna.

Retornaba a mi antigua casa, habitada ahora por todas las lecciones y personas que fueron un día parte de mi vida y que siempre serán parte de mí. Y es ahora, mientras la noche descende sobre mi mundo con la determinación del agua y la gentileza de la brisa, que comienzo a pensar en todo lo que aconteció en aquella casa. En mi primer hogar.

La avenida principal se bifurca a la derecha, y yo lo ignoro en favor de seguir dirección a mi destino.

Mi casa era preciosa. Aunque supongo que la belleza está en los ojos del observador. Tenía unas habitaciones llenas de personalidad y cariño, una cocina repleta de momentos, un salón a reventar con risas y una biblioteca con una extraña amalgama de emoción, tristeza, sorpresa y todas esas emociones que a veces es tan difícil encontrar fuera de un buen libro. Pero mi lugar favorito en el mundo no era, ni es, ninguno de esos. Ni de lejos. Era el jardín. Todos los días, cuando volvía del colegio y el gigante que llamamos cielo me lo permitía, salía a bailar y correr. A observar la luz caer sobre cada rama y hoja. Las bañaba como si de agua dorada se tratase y todo parecían tan, tan quieto. Era como si todo se hubiese detenido para que yo me acercase a las ramas, las apreciase con detenimiento y pretendiese ser una de ellas.

El camino gira suavemente para internarse en el bosque que precedía mi urbanización.

Sin embargo, esa luz dorada y fuerte no era nada comparada al ocaso. El cielo que me cubría mudaba piel como quien se prepara para una fiesta, y la luz que se filtraba en las ramas, tierra y aire que me rodeaba, empezaba a ser azul, morada, rosa, naranja. Creo que nunca podré describir lo que yo sentía cuando la luz, la noche, hacía que todo lo que había conocido hasta ahora cambiase de parecer. Hoy en día creo firmemente que la noche es uno de esos regalos de la existencia. Como nos la pasamos durmiendo, hay algo emocionante cuando por fin consigues verla. Como si de un niño aguardando a Papá Noel se tratase. Yo la esperaba fervientemente en los veranos. Cenaba, cogía la música y trotaba hasta que ese manto tan bonito y efímero se cernía sobre mí. Amaba como, tras un día caluroso, una brisa austera soplaba y me envolvía en colores. En mis sueños, o, mejor dicho, en mis noches despierta, todo era posible porque la noche se hacía viento y venía a tornarme una brava alquimista o una inteligente reina o una espía lista para acechar a cualquier peligro que se atreviese a intentar acecharla.

Salgo del bosque, hogares irguiéndose orgullosos a ambos lados.

Y luego caía la noche, inmensa e inabarcable. Y era entonces que mis padres me avisaban de que era hora de irse a dormir. Y yo les pedía 5 minutos más (es decir, 3 horas más) en aquel mar negro. Me parecía increíble. Esos árboles que tan verdes me habían parecido solo minutos atrás eran ahora negros, y se volvían sonido, porque no podía verlos. Escuchaba agua caer, hojas chocar y búhos ulular, y empezaba a diseñar el mundo que me rodeaba. Siempre, joven o anciana, como soy ahora, me había fascinado como yo era la arquitecta de mi vida en aquellas noches de verano ocultas del peso y vigor del Sol. Por mucho que me hubiese fallado, por mucho que me hubiese dolido, por mucho que no supiese, no pasaba nada. La noche estaba quieta. Ella no necesitaba que tomase decisiones, que me responsabilizase, que gestionase, que reaccionase. Era mi pequeño reino de la nada.

Nunca en palabras podré expresar lo que siento, aún mayor y sabiendo que he vivido más de lo que viviré, cuando veo la noche descender y recuerdo las estrellas que me acogieron, que me vieron tomar decisiones. Las estrellas que brillaban como oportunidades y vidas, todas a mi alcance. Las mismas estrellas que me han acompañado toda la vida.

Y desde entonces, cuando la existencia empuja contra mí, espero a la noche como llevo haciendo desde que tengo memoria. Y en ella vivo más allá del titán del tiempo, bailando en la calma.

Mi mano gira las llaves en el oscuro cerrojo de mi hogar.

